

EL BOLCHEVISMO DE MOISES A LENIN

Diálogo entre Adolf Hitler y yo

[Por Dietrich Eckart](#)

"¡Sí!", gritó. "¡Nos hemos equivocado de camino! Un astrónomo se enfrentaría a una situación similar. Supongamos que ha estado observando cuidadosamente el movimiento de un determinado grupo de cuerpos celestes durante un largo periodo de tiempo.

Al examinar sus registros, de repente se da cuenta de que algo va mal: "¡Maldita sea! Aquí hay algo que no funciona. Normalmente, estos cuerpos tendrían que estar situados de forma diferente unos respecto a otros, pero no de esta manera. Así que debe haber una fuerza oculta en algún lugar que es responsable de la desviación". Y, utilizando sus observaciones, realiza largos cálculos y calcula con precisión la ubicación de un planeta que ningún ojo ha visto todavía, pero que está ahí de todos modos, como acaba de demostrar. ¿Qué hace, en cambio, el historiador? Explica una anomalía del mismo tipo únicamente en términos de estadistas destacados de la época. Nunca se le ocurre pensar que pudo haber una fuerza oculta que provocara un determinado giro de los acontecimientos. Pero, sin embargo, estaba ahí; ha estado ahí desde el principio de la historia. Usted sabe cuál es esa fuerza: el judío".

"Sí, desde luego", repliqué, "¡pero demostrarlo, demostrarlo! Desde hace cincuenta o cien años, por lo que a mí respecta, es evidente; de hecho, mucho antes, quizás incluso en la antigüedad..." "Mi querido amigo", me contestó, "podemos leer en Estrabón que ya en su tiempo, apenas se encontraba un lugar en toda la tierra que no estuviera entonces dominado por los judíos; dominado, escribe, no meramente habitado.

Ya décadas antes, Cicerón, a la sazón un hombre grande y poderoso, amigo mío, perdió repentinamente los nervios cuando, en su conocido alegato de defensa en el

Capitolio, se vio obligado a señalar la gran influencia y la cohesión de los judíos: "¡Suavemente, suavemente! No quiero que me escuchen más que los jueces. Los judíos ya me han metido en un buen lío, como a muchos otros caballeros. No tengo ningún deseo de proporcionar más grano para sus molinos".

Una búsqueda del Antiguo Testamento, una breve hojeada de páginas, "¡la receta con la que los judíos siempre preparan su caldo infame!" Nosotros los antisemitas somos realmente algo. Nos las arreglamos para enterarnos de todo menos de lo que es realmente importante".

Palabra por palabra, leyó enfáticamente con voz dura:

"Y pondré a los egipcios contra los egipcios; y lucharán cada uno contra su hermano y cada uno contra su vecino; ciudad contra ciudad y reino contra reino. Y el espíritu de Egipto caerá en medio de él, y destruiré su consejo; y buscarán a los ídolos, y a los encantadores, y a los que tienen espíritus familiares, y a los magos.

"Sí, en efecto", se rió amargamente, "ahora la gente buscará al Dr. Cuno, y al Dr. Schweyer, y al Dr. Heim, y a cualquier otro encantador y hechicero que tengan.

Cuando se les pregunte por qué Alemania se ha convertido en una pocilga, estos caballeros responderán con reproche: "Vosotros mismos tenéis la culpa. Ya no tenéis buena educación, ni fe, sólo egoísmo y engreimiento. Ahora intentarán echar la culpa a los judíos. Siempre ha sido así cuando habéis necesitado un chivo expiatorio. Entonces todos han saltado sobre los judíos y los han perseguido sin piedad. Y sólo porque tenían el dinero, y porque estaban indefensos. ¿Acaso es de extrañar que algunos judíos se comporten ahora de forma reprobable? Al fin y al cabo, en todos los grupos hay ovejas negras. ¡Como si no hubiera un buen número de judíos decentes! Fíjese en su piedad, su sentido de la responsabilidad familiar, su sobriedad de vida, su disposición a hacer sacrificios y, sobre todo, ¡su capacidad de permanecer unidos! ¿Y ustedes? Se enfrentan como perros y gatos: ¡una locura!

Así seguirán parloteando los encantadores y los magos, hasta que una noche aparezca el signo de sangre en todas las casas judías, y las masas enfurecidas, dirigidas por los judíos, salgan en tropel a herir a todos los primogénitos de la tierra de nuevo como en Egipto." "¿Recuerdas cómo fue aquí en Munich durante la toma del

poder por los comunistas?" intervine. "Las casas de los judíos ciertamente no fueron marcadas con sangre, pero debió de haber un acuerdo secreto, porque entre todos los que sufrieron la desgracia de un registro domiciliario ninguno era judío. De hecho, uno de los estúpidos soldados rojos que me tenía cogido por los pelos respondió a mi sarcástica pregunta explicándome que estaba prohibido registrar las casas de los judíos.

"Y en 1871, en París, la defensa judía también se desarrolló según lo previsto. Allí los comunistas destruyeron todo lo que pudieron, pero los numerosos locales y casas de los Rothschild permanecieron completamente intactos. Todo esto nos permite entender el lugar en el Éxodo según el cual "una multitud mixta" también salió de Egipto con los judíos."

"En Egipto el plan de los canallas tuvo éxito sólo a medias", terminó. "Los egipcios se hicieron dueños de la situación en el último momento y enviaron a la 'multitud mixta' al desierto, junto con los judíos. Debió de producirse una lucha desesperada. La matanza de los primogénitos lo revela con suficiente claridad.

Al igual que han hecho con nosotros, los judíos habían ganado para sí el gran estrato inferior de la población -'¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!'- Hasta que una noche enviaron la orden: '¡Abajo los burgueses! Pero las cosas no salieron tan bien como esperaban. La parte de la nación egipcia que se había mantenido patriótica dio la vuelta a la tortilla y echó a Moisés, Cohn y Leví del país, seguidos por los habitantes a los que habían incitado. Durante este éxodo, se llevaron todo el botín robado que pudieron, informa la Biblia con satisfacción.

También informa, en términos inequívocos, que los egipcios se alegraron de librarse de ellos. Lo mejor, sin embargo, fue la recompensa que los judíos dieron a sus estúpidos cómplices. De repente empezaron a llamarles "chusma", mientras que antes les habían llamado "camaradas" y fingían amarlos. Imagínate las caras que debieron poner estos ilusos en el desierto cuando oyeron esto".

"El asesinato de setenta y cinco mil persas, en el Libro de Ester, sin duda tuvo el mismo trasfondo bolchevique", respondí. "Los judíos ciertamente no lograron eso por sí solos". "No más", confirmó, "que el espantoso baño de sangre sobre la mitad del Imperio Romano, que tuvo lugar durante el reinado del emperador Trajano. Cientos de

miles de nobles no judíos en Babilonia, en Cirenaica, en Egipto y en Chipre fueron masacrados como ganado, ¡la mayoría de ellos tras las más abominables torturas! Y hoy los judíos todavía se regocijan por ello. Si tan sólo los diversos centros de rebelión hubieran cooperado", triunfa el judío Graetz, "entonces tal vez ya habrían sido capaces de dar al coloso romano su golpe mortal en ese momento". "

"Los judíos califican de bárbara nuestra celebración del Día de Sedán", comenté. "Pero les parece totalmente en regla el hecho de que, año tras año, sigan celebrando en las sinagogas, después de todo este tiempo, su gesta heroica sobre los setenta y cinco mil persas, en la fiesta de Purim." "Sin embargo, ninguna de estas pruebas parece impresionarnos", dijo secamente.

"Se nos creería sordos y ciegos. "Antes del primer choque con los egipcios, el canalla principal, el modesto José, se había preparado bastante bien: ¡las siete vacas flacas, todos los graneros llenos, el pueblo rabiando de hambre, el Faraón reinante un perfecto lacayo de los judíos, y José, con una esquina en el suministro de grano, 'gobernante sobre toda la tierra'! Todos los lamentos de los egipcios fueron en vano; el judío mantuvo cerrado el almacén con puño de hierro hasta que ellos, a cambio de un poco de pan, se vieron obligados a entregar primero su dinero, luego su ganado y sus tierras, y finalmente su libertad. Y de repente la capital se llenó de judíos; el viejo Jacob estaba allí, y 'sus hijos, y los hijos de sus hijos con él, sus hijas, y las hijas de sus hijos, y toda su descendencia' - toda la mezclanza. Y José "lloró un buen rato" de alegría. Después dijo a sus hermanos: 'Comeréis la grosura de la tierra', y 'el bien de toda la tierra de Egipto es vuestro'.

"Pero algún tiempo después de que este glorioso ciudadano egipcio de la fe judía, de ciento diez años de edad, había muerto, el viejo Faraón también falleció y fue sucedido por otro Faraón, que 'no conocía a José', y, al ver la multitud de judíos, que mientras tanto habían crecido muy poderosos, se asustó bastante. Temía que, "cuando estallara una guerra, se unieran también a nuestros enemigos"; así, fue más listo que Guillermo II, que esperaba contar con su apoyo. Decidió que los judíos debían trabajar. En serio, trabajar. "Despiadados", se lamentó el cronista judío. No es de extrañar que respiraban venganza. Después de todo, ¿para qué tenía uno el Pöbelvolk, si no para hacer el trabajo?

"A estas alturas, los egipcios habían olvidado al querido José, muerto y desaparecido, pero no faltaban otros a quienes echar la culpa del estado de cosas, a saber, los terratenientes, los industriales, los burgueses. Según los judíos, nadie más era responsable. Proletarios de todos los países, uníos". Y las masas lo creyeron y se volvieron contra su propia carne y sangre por el bien del "pueblo elegido", que había provocado toda su angustia en primer lugar. Pero a nosotros nos leyeron conmovedoramente en voz alta en la escuela la hermosa historia de José y sus hermanos. Sin duda, muchos profesores "lloraron un buen rato". Es suficiente para desesperarse".

Hizo una pausa con una mirada sombría al Libro del Odio. "Y así a lo largo de todo el Antiguo Testamento", comenzó de nuevo. "De hecho, no te estoy diciendo nada nuevo, pero debemos recordarlo tan a menudo como sea posible para poder negar el constante parloteo hipócrita. Realmente, el Libro de Josué debería bastar; ¡tal cosa de genocidio ininterrumpido, de crueldad bestial, de rapacidad desvergonzada y astucia a sangre fría! Y todo en nombre de Jehová, de hecho, ¡según su expreso deseo! Cuando la ciudad de Jericó cayó víctima de los judíos por la traición de la ramera Rahab, ni hombres ni animales, ni jóvenes ni ancianos quedaron entre los vivos; sólo la ramera se salvó. Ella y toda su noble familia fueron recompensados con el privilegio de vivir en Israel.

¡Y qué pueblos tan bondadosos eran los que, uno tras otro, fueron completamente exterminados! Delitzsch, que ha investigado a fondo ese período, escribe, por ejemplo, acerca de los cananeos: en todas las colinas, bajo cada árbol sombreado, rendían adoración y reverencia al dios sol y a la diosa salutífera Aschera.

"Sólo Josué", subrayé, "fue responsable de la masacre de treinta y un reyes, con todo su pueblo. Entre las naciones exterminadas en estas incursiones depredadoras había varias que se habían sometido confiadamente a él. Cada vez se oían las siniestras palabras: "Que no sobreviva ninguno". Me inclino a creer que los Pöbelvolk, o al menos sus descendientes, debieron de seguir siendo las obedientes tropas de choque de los judíos, no porque el trabajo fuera tan atroz, sino porque los hijos de Israel siempre han dejado que los gentiles engañados hicieran su trabajo sucio, sobre todo cuando había peligro de por medio. Además, no habrían sido lo bastante fuertes para someter a los pueblos a los que se oponían, sin el entusiasmo belicoso de sus embrutecidos camaradas. "De particular interés es la evidente satisfacción con la que

los judíos han enumerado deliberadamente a cada uno de los reyes asesinados uno recuerda al profeta Isaías. En un lugar, delira como un poseso:

El Señor está furioso contra todos los gentiles; los entregará al matadero; su tierra se convertirá en brea ardiente; se convertirá en un páramo, empapado con su sangre; no habrá nobles en la tierra; sus príncipes morirán'.

Entre Isaías y Josué transcurrieron cientos de años, pero en todo ese tiempo la rabia infernal de los judíos contra la realeza no judía no había cambiado un ápice." "Y en toda la eternidad nada cambiará", prosiguió, "en cuanto a la actitud de

los judíos hacia nuestros reyes y nuestros líderes. Destruirlos es su eterno pecado, y cuando no puedan lograrlo por la fuerza, entonces utilizarán la astucia.

Siempre que tenemos un liderazgo fuerte, los judíos están obligados a mantener sus narices limpias. Sin embargo, nuestro liderazgo sólo puede ser verdaderamente fuerte si se basa por completo en nuestro pueblo; sólo si se preocupa por el bienestar de los más desfavorecidos tanto como por el de los más ricos; sólo si, en la firme convicción de su propio valor, excluye desde el principio toda influencia ajena; sólo si no es meramente nacional, sino también social, hasta los huesos. No importa lo que digan los demás, yo afirmo que llegará un momento en que todas las naciones de élite del mundo tendrán un liderazgo así; y entonces todo el mundo se asombrará al ver que, en lugar de rechinarsse unos a otros como hasta ahora, se tratarán con respeto y consideración.

Porque entonces no habrá más avivamiento de la codicia de la tierra, de la picazón por el poder, de la sospecha; sentimientos que existen en forma no mezclada sólo en unos pocos aislados, y no en la población general más confiada, de todos modos. Se pondrá fin a la alabanza mentirosa de una hermandad humana indiscriminada, que sólo sería posible, si acaso, bajo el supuesto de que se hubiera excluido desde el principio a ese eterno malhechor, el judío. Pero si esto se hubiera hecho, no habría necesidad de impulsar la idea de la hermandad universal; los diversos pueblos se encontrarían compatibles por sí mismos."

"Dígame", le interrumpí; "estrictamente hablando, ¿considera que el judío es nacional o internacional?". "Ni lo uno ni lo otro", fue la respuesta. "Uno que realmente se siente internacional tiene tanta consideración por el resto del mundo como por su propia nación. Si nuestros llamados enjambres internacionales fueran realmente así, bien.

Pero me temo que secretamente están más preocupados por la actitud del resto del mundo hacia ellos mismos que por su propia actitud hacia el mundo. El internacionalismo requiere básicamente buenas intenciones. Pero el judío carece fundamental y completamente de ellas. No tiene ni la más remota idea de clasificarse con el resto de la humanidad. Su objetivo es dominar a los demás para extorsionarlos a su antojo. Si realmente le interesara la camaradería, ha tenido la oportunidad más larga y abundante para ello. Jehová le ordenó que no hiciera alianzas con pueblos extranjeros, sino que, por el contrario, devorara a uno tras otro, le llegó directamente al corazón. En todas partes se le saludaba con cordialidad, al principio: en el antiguo Egipto, en Persia, en Babilonia, en Europa, la pezuña hendida aparecía por doquier. Los primeros conquistadores germánicos lo encontraron con una serie de derechos arrogados y no hicieron ningún movimiento para desposeerlo de ellos. Se le permitía hacer negocios donde y como quisiera; incluso en el comercio de esclavos, hacia el que siempre ha estado peculiarmente inclinado.

Como todo el mundo, podía ocupar cargos públicos, incluida la magistratura; y su supuesta religión estaba protegida por el Estado. Así escribió Otto Hauser, que es una excelente fuente de fascinantes iluminaciones sobre los judíos."

"¡Yo diría que sí!" Asentí. "Pero hay que tener cuidado con él, porque si no, los árboles 'rubios' no dejan ver el bosque negro. En general, prefiero a Werner Sombart, aunque sus conferencias de Berlín estén plagadas de judíos".

"¡Ahora dice lo mismo!", gritó. "Según él, los judíos no siempre fueron ciudadanos de segunda clase. En la antigüedad, incluso se los encontraba a menudo con privilegios especiales que los absolvían de ciertos deberes, como el servicio militar. Nunca fue su fuerte arriesgarse a un conflicto armado. En la Guerra de Liberación, los judíos de Deutsch-Krone, en Pomerania, enviaron una petición al rey, solicitando permiso para permanecer en casa durante la campaña a cambio de dinero. En esta petición, argumentaban que diez mil táleros serían de mucha más utilidad en el esfuerzo bélico que la francamente cuestionable capacidad combativa de un judío. La petición fue aceptada, no sólo por ellos, sino también por los judíos de otros cinco de los siete distritos prusianos." "Sí, conozco ese lugar de Hauser", añadí; "es auténtico. Sin embargo, también cita allí de la Enciclopedia Mayer una declaración que afirma tranquilamente que los judíos, con su espíritu heroico en la Guerra de Liberación, demostraron ser dignos ciudadanos alemanes." "Igual que hicieron en la Guerra Mundial", guiñó un ojo expresivamente. "Si por mí fuera, exigiría que se colgaran pancartas en todas las escuelas, en cada esquina de las calles y en todas las salas

públicas, en las que no estaría impresa otra cosa que la descripción que Schopenhauer hizo de los judíos: '¡Grandes maestros de la mentira! No hay mejor descripción, y se aplica sin excepción a todos los judíos por igual, ya sean altos o bajos, magnates de la bolsa o rabinos, bautizados o circuncidados. ¡Nuestro pueblo servil! ¡Provocado durante miles de años! Y los inocentes son engañados una y otra vez por esta flagrante estafa. Es comprensible que se vuelvan ariscos con los judíos, pero sólo después de que éstos hayan abusado descaradamente de su ingenua buena naturaleza y les hayan saqueado hasta la piel con su usura y su fraude. Y así ha sido en todas partes: en el antiguo Imperio Romano, en Egipto, en Asia, más tarde en Inglaterra, Italia, Francia, Polonia, Holanda, Alemania e incluso, como escribe Sombart, "en la Península Ibérica, donde los judíos han experimentado tantas bendiciones".

"Y el juego que están jugando hoy, lo han estado jugando durante dos mil años", continuó. "Creo que eso basta para caracterizar la naturaleza del internacionalismo judío. Ahora nos queda por considerar el sentimiento nacional de los judíos. Naturalmente no el de unos por Alemania, el de otros por Inglaterra, etcétera. Ya no se cazan muchos ratones con ese cebo. Envíenme una caja llena de tierra alemana, para que al menos pueda profanar simbólicamente el país maldito", escribió el judío alemán Börne; y Heinrich Heine olfateó el futuro de Alemania desde la taza del váter. El físico Einstein, a quien los publicistas judíos celebran como un segundo Kepler, explicó que no tendría nada que ver con el nacionalismo alemán. Consideraba "engañosa" la costumbre de la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía de preocuparse sólo de los intereses religiosos de los judíos y no también de su comunidad racial. ¿Un pájaro raro? No, sólo uno que creía que su pueblo ya tenía el control y, por lo tanto, consideraba que ya no era necesario seguir fingiendo.

En la propia Asociación Central, la máscara ya ha caído. Un tal Dr. Brunn admitió allí francamente que los judíos no podían tener espíritu nacional alemán. Siempre confundimos sus esfuerzos sin principios por acomodarse a todo y a todos con impulsos del corazón. Siempre que ven una ventaja en adoptar una determinada postura, nunca dudan, y ciertamente no dejarían que las consideraciones éticas se interpusieran en su camino. ¡Cuántos judíos gallegos se han convertido primero en alemanes, luego en ingleses y finalmente en americanos! Y siempre en un abrir y cerrar de ojos. Con asombrosa rapidez cambian de nacionalidad de un lado a otro, y dondequiera que sus pies tocan, resuena el "Reloj del Rin", o la "Marsellesa", o el "Yankee Doodle". El Dr. Heim no cuestiona ni una sola vez el hecho de que nuestros

Warburgs, nuestros Bleichroders o nuestros Mendelssohns sean capaces de trasladar su patriotismo, así como su residencia de hoy, a Londres o a Nueva York al día siguiente. Sobre las arenas de Brandeburgo, una horda asiática". soltó una vez Walther Rathenau a propósito de los judíos de Berlín. Olvidó añadir que la misma horda está en el Isar, el Elba, el Meno, el Támesis, el Sena, el Hudson, el Neva y el Volga. Y todos ellos con el mismo engaño hacia sus vecinos. Nuestros encantadores y magos, sin embargo, distinguen entre respetables y no tan respetables, entre asentados y recién inmigrados, entre judíos occidentales y orientales, y en el peor de los casos, se encogen de hombros y murmuran: "Cada país tiene los judíos que se merece". No significa nada para ellos que fuera un judío quien acuñara esta bonita frase. Ni que en el caso de Alemania, teniendo en cuenta la calidad de los judíos que hemos "merecido", se convierta en una sonora bofetada.

Todo Israel está abiertamente en el bando británico", anunció el líder sindical estadounidense Samuel Gompers en 1916. Y eso incluye también a los judíos alemanes, como bien sabía el estadounidense Ford. Ha escrito sobre la infidelidad de los llamados judíos "alemanes" hacia el país en el que viven, sobre el hecho de que se han unido al resto de los judíos del mundo para arruinar a Alemania. ¿Por qué?", se burla el judío. Porque el alemán es un vulgar canalla, una criatura atrasada y medieval, que no tiene la menor idea de nuestro valor. ¿Y debemos ayudar a esa gentuza? No, tiene los judíos que se merece'. Semejante arrogancia es realmente asombrosa de contemplar".

Le recordé Rusia. "Antes de la revolución, los judíos la condenaban como una auténtica cloaca de vileza, aunque ellos eran las evidentes alimañas de esa cloaca; ahora, los mismos judíos están al mando y, wuppdiwupp, la misma Rusia es una gran nación."

"En el año 1870", replicó, "los alemanes teníamos el privilegio de ser un gran pueblo. Los judíos consideraron que había llegado el momento de sustituir al emperador francés, que se había vuelto poco fiable, por un presidente dúctil. Esto también parecía una excelente oportunidad para establecer la Comuna; de ahí el "heroico pueblo alemán". No es de extrañar que justo detrás de nuestros príncipes y generales entrara en París una jauría de financieros judíos gesticulantes. Mientras tanto, sin embargo, nos hemos hundido de nuevo en el pelotón. La prensa nos llama "boches" y "hunos". ¡Pero tengan paciencia! Cuanto más rápido nos acerquemos al bolchevismo, más gloriosos volveremos a ser. Y un buen día serán los ingleses y los franceses los

canallas. No hacen falta gafas para verlo. Soy un súbdito británico pero, ante todo, judío", gritaba hace años un hebreo en un gran periódico judío-inglés. Y otro: 'Quien tenga que elegir entre sus deberes como inglés y como judío debe elegir lo segundo'. Y una tercera: 'Los judíos que quieren ser a la vez ingleses patriotas y buenos judíos no hacen más que mentir'. Que pudieran aventurar cosas de ese tipo tan abiertamente indica lo plagada de judíos que estaba ya Inglaterra entonces."

"El baluarte de la judería europea tuvo su origen en el período comprendido entre Cromwell y Eduardo VII", subrayé. "Desde entonces, sin embargo, el centro de la actividad judía parece haberse trasladado a América. Allí han tenido un buen asentamiento durante mucho tiempo". Sombart sostiene que fue el dinero judío el que hizo posibles los dos primeros viajes de Colón. Se supone que un judío, Luis de Torres, fue el primer europeo que pisó suelo americano. Y, por encima de todo, los judíos han reivindicado recientemente al propio Colón como uno de ellos". "No es de extrañar", se rió. "Todos los que de alguna manera han desempeñado un papel en el mundo son judíos. Incluso tienen a Goethe y Schopenhauer en su lista. Por mi parte, los impugno, tanto a Colón como a Torres; los viajes por mar eran mucho más peligrosos entonces que ahora."

"Dejando eso completamente aparte, está claro que tienen a América cogida por el cuello desde hace tiempo", continué. "Ningún país, escribe Sombart, muestra más carácter judío que Estados Unidos. Ya hemos visto una consecuencia de ello en la Guerra Mundial. En 1915, en un momento en que los verdaderos norteamericanos no tenían el menor pensamiento de una guerra contra nosotros y, de hecho, estaban tan dispuestos hacia nosotros que cualquier indicio de un posible conflicto de intereses podría haberse resuelto sin problemas y amistosamente, un comité asesor secreto se reunió con el presidente Wilson con el único propósito de preparar al país para la guerra contra Alemania. ¿Y quién fue el principal manipulador de estas nefastas actividades, que se pusieron en marcha dos años antes de que Estados Unidos se comprometiera en la guerra? El desconocido judío Bernard Baruch.

Yo creía que la guerra llegaría, mucho antes de que llegara", explicó más tarde tranquilamente al comité especial del Congreso, que confirmó todo esto. Y nadie se levantó y molió a palos al astuto canalla". "La resolución del alto mando judío hace muchos años de desencadenar la Guerra Mundial está bien autenticada", dijo. "En el sexto Congreso sionista de Basilea, en 1903, el presidente, Max Nordau, proclamó: 'Herzl sabe que nos hallamos ante una tremenda conmoción del mundo entero.' ¡El

bueno de Herzl! ¡Qué idealista! Nuestros encantadores y magos se llenaron de asombro al pensar en este noble patriarca. Sin embargo, ¡el canalla sabía lo que su asquerosa gente tenía pensado para nosotros!".

"Pero Herzl era sionista", interpuse. "¡Era judío!", dijo, golpeando la mesa con el puño. "La palabra judío lo dice todo. No hay necesidad de más distinciones. El 'pueblo elegido de Dios' quiere volver a tener su propio 'país de Dios'.

Fíjate bien: Otra vez. El pueblo de Dios y el país de Dios, ¡ninguno de los cuales, en realidad, ha existido nunca! Cada representación ridiculiza por su depravación ese estado general de cosas que existió durante unos seiscientos años en Palestina, hasta que los asirios pusieron fin a la maldad. ¿Se puede llamar a eso un país?

¿No se puede aceptar el Antiguo Testamento como autoridad en la materia? Primero leemos de los ininterrumpidos asesinatos y saqueos de los otros pueblos de Palestina, que, naturalmente, duraron muchos años. Luego, hasta el final, con la vileza más abominable, un estado de anarquía siguió a otro. El pináculo, el florecimiento, la gloria del estadismo judío, a saber, el rey David, era un bribón de tal calibre que ni siquiera la villanía sin precedentes de la carta que condenaba a Urías fue suficiente para él; en su lecho de muerte instó a su hijo a asesinar a su viejo camarada de guerra, Joab.

"Cuando Ciro dio permiso a los judíos para regresar a Palestina (de su 'cautiverio' babilónico) la abrumadora mayoría ignoró a Sión y permaneció en la inconmensurablemente rica Babilonia. Completamente contentos allí, continuaron con sus especulaciones financieras y otras actividades."

"En el año 1267", le informé, "sólo había dos residentes judíos en Jerusalén. Hasta la Guerra Mundial, el número de judíos en toda Palestina había aumentado a sólo 12.000, a pesar de que eran libres de regresar allí desde la antigüedad y, desde luego, no les faltaban gastos de viaje. La veintena de millones restantes -es difícil saber exactamente cuántos son, ya que son los propios judíos quienes hacen el recuento- se alimentan del sudor de otros en todo el mundo. Es difícil entender cómo la diminuta Palestina puede esperar albergar a esta enorme multitud."

"Eso no es necesario", replicó. "La cuestión es que ahora es oficial. Israel se ha acordado de sí mismo. Se ha liberado de sus cadenas. El sol de un nuevo Estado de Dios se eleva sobre Sión. ¡Qué acto! ¡Finalmente liberado de la esclavitud! Todo el

mundo está anonadado de asombro. Los judíos sonríen". "Ya han emitido una resolución" quise continuar. "¡Sí, en efecto", gritó, "si en algún sitio, aquí es donde salta el gato de la bolsa! La resolución de la Conferencia Panjudía de 1919, en Filadelfia!: "Los judíos son ciudadanos del nuevo Estado judío de Palestina, pero al mismo tiempo tienen plenos derechos de ciudadanía de cualquier país en el que decidan vivir". Uno debe leer ese non plus ultra de arrogancia dos veces, de hecho, cien veces, para estar seguro de que no está soñando. Imagínense: Los ingleses son ciudadanos de Gran Bretaña. Cada inglés que elige vivir en Alemania, Francia o Italia conserva todos sus derechos de ciudadanía inglesa, pero al mismo tiempo tiene todos los derechos de ciudadanía del país en el que vive". Ahora pregúntense qué grito de indignación, no nosotros o los franceses o los italianos, sino los propios judíos, levantarían si el pueblo inglés hubiera tomado realmente tal resolución. El Congreso Panjudío, sin embargo, emitió su resolución tan categóricamente como una orden.

"Esta asamblea comprendía representantes de todos los judíos del mundo, incluidos los sionistas. Sus intenciones eran, en resumen, que los judíos debían quedarse donde estaban y que la nueva Sión debía tener simplemente el propósito, primero, de fortalecer su espina dorsal política, segundo, de gratificar su arrogancia, y por último, pero lo más importante, de proporcionarles un Estado donde pudieran llevar a cabo sus sucios negocios sin temor a ser descubiertos.

"Creo que podemos formarnos una idea bastante buena del nacionalismo judío a partir de esto." "De acuerdo. Entonces no son ni nacionales ni internacionales", reconocí. "¿Entonces qué?" "En términos de nuestros conceptos habituales", se encogió de hombros, "realmente no se puede definir. Es un crecimiento a gran escala sobre toda la Tierra, a veces avanzando lentamente, a veces dando grandes saltos. En todas partes succiona vorazmente la sangre vital del planeta. Lo que al principio era una abundancia hinchada se convertirá al final en nada más que savia seca. El sionismo es el aspecto visible, superficial. Está conectado bajo tierra con el resto del monstruoso crecimiento.

"Y en ninguna parte se encuentra rastro alguno de oposición a este asunto". "Se podría decir", me reí, "que los lobos se han dividido en dos manadas. Se ha acordado que una de ellas abandone la tierra de las ovejas para irse a vivir a alguna parte, entre ellos, como puros vegetarianos."

"Hay una cosa, sobre todo, que debemos tener siempre presente", dijo, "una cosa que debemos recordarnos siempre a nosotros mismos: "¡Grandes maestros de la mentira! Basta olvidar por un instante las palabras de Schopenhauer para empezar a deslizarse bajo la influencia de sus engaños. Ciertamente, nosotros también mentimos, pero, en primer lugar, no por costumbre y, en segundo lugar, torpemente. Cualquier juez realmente experimentado de la naturaleza humana es capaz de detectar la mentira de un ario, incluso de uno muy astuto.

Sin embargo, el mismísimo Sherlock Holmes no sabría cómo enfrentarse a la sangre fría del engaño judío. Un judío sólo se siente avergonzado cuando dice la verdad sin querer. Si dice la verdad deliberadamente, es siempre con una reserva mental, haciendo así una mentira incluso de la verdad." "En efecto, Lutero", repliqué, "dijo a los judíos: 'No sois un alemán, sino un embustero; no sois un francés, sino un farsante'. Su sinónimo de judío era 'mentiroso'".

Eso es lo que dicen de ellos todos los que los conocen -replicó-, desde los faraones hasta Goethe y nuestra época. Se ha dicho en todas las lenguas vivas y muertas: en griego, en latín, en persa, en turco, en inglés, en francés o en lo que sea. Uno esperaría que estas condenas universales, en todo el mundo, dieran a nuestros encantadores y magos al menos un poco en qué pensar.

En Palestina, después del cautiverio babilónico, había un gran estrato inferior de no judíos gobernados por prestamistas judíos, poderosos gracias a su usura. Eso se puede leer en el libro de Nehemías. Sombart dice que no deja absolutamente nada que desear en cuanto a claridad. Lo más destacado es que la población real, compuesta por campesinos oprimidos, era de una raza totalmente distinta a la de los hebreos. Poco a poco, los judíos les impusieron su religión.

Difícilmente se podría recomendar una política mejor que la que permite a cada hombre encontrar la salvación a su manera", subrayé. "La suposición tácita de esa política, sin embargo, es que la moda de cada hombre debe implicar algún tipo de sentimiento decente, alguna creencia genuina, y no sólo un fariseísmo despreciable. Esta distinción debería haberse enfatizado expresamente hace mucho tiempo. Persiguen sin piedad incluso a sus adversarios decentes; de hecho, sólo a sus adversarios decentes. Sus ojos permanecen cerrados ante la banda de estafadores más astuta que existe.

El Partido Popular de Baviera, por ejemplo, sabe muy bien que defendemos los fundamentos de nuestra nación sin reservas mentales. También saben, sin embargo, que no podemos hacer causa común con ellos mientras se adhieran a su política actual. Y por eso recurrieron a los judíos, con la esperanza de mantenerse en el poder con su ayuda. Se sorprendieron a sí mismos. Empapados de amabilidad al principio, los judíos se volvieron contra ellos de forma asesina cuando se hicieron con el poder". "Era inevitable", coincidí con él. "Afortunadamente, los judíos no podrían proporcionarnos ese mismo tipo de espantosa experiencia, ya que nosotros no traicionamos ni asesinamos a nuestra propia carne y sangre por la venta de beneficios. Por lo que a nosotros respecta, el Partido Popular de Baviera podría incluso permanecer en el poder, siempre que limpien el estiércol de su pocilga y perciban la corrección de nuestros puntos de vista. No estamos dispuestos a destrozarnos sólo por el poder. Pero queremos germanismo, queremos orden y corrección, y queremos que estas cosas estén tan firmemente establecidas que nuestros hijos y nietos puedan seguir satisfechos con ellas."

"Ellos consideran que eso es imposible", dijo, "y por eso consideran que nuestro programa no es más que frases vacías, sin más sinceridad que las frases vacías con las que ellos intentan conscientemente venderse al pueblo. Pero nuestros objetivos no sólo son posibles, sino seguros, aunque no los alcancemos mañana. Pero primero hay que empezar. Hasta ahora, nunca y en ninguna parte ha existido un Estado verdaderamente social.

En todas partes y siempre la clase alta se ha inclinado mucho más por el principio "lo tuyo es mío" que por "lo mío es tuyo". Estos sabios sólo tienen la culpa de que el estrato inferior, lleno de rabia, cometa ahora el mismo error. El judío es capaz de aprovecharse de estos dos grupos. Uno de ellos se ocupa de sus asuntos, el otro los lleva a cabo. Por lo tanto, nos oponemos a ambos.

Acabaremos tanto con los privilegios injustos como con la esclavitud". "Decididamente", respondí. "Nuestro frente se opone tanto a la izquierda como a la derecha. Una situación extraña; desde dos direcciones debemos rechazar a los atacantes que también luchan entre sí. Los rojos nos gritan reaccionarios, y para los reaccionarios somos bolcheviques.

Desde ambos lados el judío dirige el ataque contra nosotros. El estrato inferior aún no lo ve y, por lo tanto, nos odia por pura estupidez; el estrato superior lo ve pero piensa

que puede servir a sus propios fines egoístas con él y, por lo tanto, nos dispara por la espalda más por falta de escrúpulos que por estupidez. Uno realmente necesita una buena dosis de fe en tales circunstancias para mantener su valor."

"Que tenemos, de cien maneras", dijo, riendo, mientras se estiraba. "¡Ninguna palabra fue dicha más directamente a nuestros corazones que 'No tengáis miedo'! ¿Y se supone que eso lo dijo un judío? ¿Esas criaturas del miedo eterno?

De locos!"

"Cada vez que han surgido nuevas y prometedoras oportunidades para entrometerse", sacó a relucir, "el judío se ha involucrado de inmediato. Ha demostrado una extraña habilidad para olfatear como un sabueso cualquier cosa que fuera peligrosa para él. Una vez encontrado, utiliza toda su astucia para alcanzarlo, desviarlo, cambiar su naturaleza o, al menos, desviar su objetivo. Schopenhauer llamó al judío "la escoria de la humanidad", "una bestia", "el gran maestro de la mentira". ¿Cómo responde el judío? Crea una Sociedad Schopenhauer. Del mismo modo, la Sociedad Kant en su obra, a pesar de que -o, más bien, porque- Kant declaró sumariamente que el pueblo judío era una 'nación de estafadores'. Lo mismo ocurre con la Sociedad Goethe. No toleramos judíos entre nosotros", dijo Goethe. Su religión les permite robar a los no judíos", escribió. Esta astuta raza tiene un gran principio: mientras prevalezca el orden, no hay nada que ganar", continuó.

Subrayó categóricamente: 'Me abstengo de toda cooperación con los judíos y sus cómplices'. Todo en vano, la Sociedad Goethe judía sigue ahí. Estaría ahí aunque él mismo hubiera prohibido expresamente semejante bajeza". "Con exactamente el mismo derecho", interpuso, "nosotros dos podríamos unirnos a una Sociedad del Talmud. ¡Qué descaro requeriría eso! Inconcebible". "No para el judío", replicó. "Para él, la insolencia no tiene sentido. Sólo es capaz de pensar en términos de ventaja o desventaja, beneficio o pérdida. Hay que acercarse a él con otro tipo de vara de medir".

"Nuestros encantadores y magos", repliqué, "todos caen en su truco. Goethe, Kant, Schopenhauer no les parecen más que balbuceos". "¡Bah, Goethe!", interrumpió despectivamente. "Ni siquiera el Tomás de Aquino fue capaz de llegar a esta gente. Él ha descrito en sus escritos nuestra relación con los judíos en términos de un viaje en barco. Los judíos, embarcados en la misma nave que los cristianos, desempeñan un papel característico: mientras los cristianos se ocupan de navegar el barco, los judíos

saquean la despensa y agujerean el casco. Santo Tomás recomienda que sean despojados de su botín y encadenados al timón. ¡Qué atrocidad! ¡Qué poco cristiano! ¡Pobres judíos! Se puede aprender tanto de ellos. Al menos, según los doctores Heim y Schweyer. Y así sigue el mundo, gobernado con la misma sabiduría que en tiempos del faraón de José".

"A saber, por estadistas", completé, "que están tan ocupados gobernando que se olvidan por completo de que no son ellos, sino otros, los que realmente gobiernan; por hombres como el zar Nicolás, que se permitió el mismo autoengaño y recibió una bala en la cabeza por ello". Ya en 1843, Disraeli nos dio una pista de lo que deberíamos esperar allí. La misteriosa diplomacia rusa está organizada por judíos", alardeaba.

Además, "la poderosa revolución que se está gestando en Alemania evoluciona enteramente bajo la dirección de judíos". "La mayoría de nuestras revoluciones", dijo, "ya sea inicialmente con objetivos deseables o no, han evolucionado bajo el liderazgo judío. Las revoluciones de predisposición vulgar fueron, en su mayor parte, obra de judíos; y aquellas con tendencias más elevadas fueron pronto subvertidas hacia un curso más oscuro por judíos".

"Siempre pienso en el admirable Herr Levine del Berliner Lokalanzeiger. Un día estalló de repente, como en éxtasis: ¡sólo un judío podría haber hecho eso; podría, con el descaro de Pablo, haberse puesto en medio del Capitolio y haber expuesto allí una doctrina, que debía traer la ruina total del Imperio Romano! Eso dijo aquel hombre, palabra por palabra; aún lo recuerdo perfectamente".

"El judío", repliqué, "ciertamente debe sentirse tentado a decir: "¿Por qué eres tan estúpido que dejas que todos te tomen por tonto?". Y hay muchos encantadores y magos que, a causa de su extraordinaria astucia, o "espiritualidad", como ellos la llaman, lo miran con tímida admiración." "Si dependiera de meras posesiones", devolvió, "estarían justificados. Alguien llamado Goldstein se jactó una vez de que los judíos administran la propiedad espiritual del pueblo alemán. Lástima que no añadiera cómo la administran. "Pues bien, demos gracias de que siempre habrá hombres que, por ejemplo, leerán a Goethe a través de los ojos de Goethe y no a través de las babosas gafas de Goldstein.

Puede que no sean profesores, sino tal vez vagabundos de una especie. Una raza, en cualquier caso, que no se extinguirá y a través de la cual el Goethe original se preservará con seguridad. Los judíos podrán entonces "administrar" tranquilamente al nuevo Goethe. No se les negará". "Supongamos, sin embargo", interpuso con ansiedad, "que los 'vagabundos' también les escuchan con credulidad y caen en la trampa."

"Está en la naturaleza del 'vagabundo'", rió, "tener el corazón tan lleno que no importa cómo se convenza a su cabeza; siempre será su corazón el que determine el resultado. Sienten intuitivamente lo que los inteligentes, a pesar de su entendimiento, no son capaces de ver. Y lo conservan. Se puede engañar a sus cabezas, pero ni siquiera ellas tienen autoridad sobre sus espíritus."

"Y, ya ves", golpeó la mesa, "sólo a ellos hay que agradecer que al menos parte de nuestro patrimonio, así como el resto de nuestro legado cultural, haya sobrevivido a la administración de los judíos". ¿Dónde están? ¿Dónde estaban? Entre los altos y los bajos, entre los reyes y los soldados, entre los sabios y los analfabetos, en todas partes. Pero no entre los nada ricos; pero no entre los nada listos; pero no entre los codiciosos e insaciables; pero no entre los Pöbelvolk. Aquí el judío está en casa. Todo lo que aparece aquí en forma de posesiones espirituales lo administra con naturalidad; es suyo. Así como todo se transformó en oro para el rey Midas, toda palabra profunda y significativa se convierte en inmundicia a su toque. Pero para los demás, para los..." "Vagabundos del espíritu", le lancé. "Todo sigue como antaño", asintió. "Ha habido papas de sangre judía."

También rara vez o nunca han faltado otros dignatarios de la misma ascendencia en la Iglesia. ¿Lo que defendían era el catolicismo? No, era el judaísmo. Tomemos sólo una cosa: la venta de indulgencias. La esencia misma del espíritu judío.

"La investigación del judío y sus actividades debería haber sido el alfa y el omega de nuestros historiadores. En vez de eso, investigan los movimientos intestinales del pasado. "Karl el Grande favoreció a los judíos en todo momento. Me parece que su matanza de los 4500 sajones en Verden -la mejor sangre alemana- y sus asesores judíos tuvieron algo que ver."

"La notoria locura de las Cruzadas desangró al pueblo alemán con seis millones de hombres. Finalmente, el Hohenstaufen, Federico II, consiguió mediante meras negociaciones, sin dar un golpe, asegurar Tierra Santa para la Cristiandad. ¿Qué hizo la curia? Llena de odio, lanzó la prohibición de la excomunión sobre Federico y se negó a reconocer su tratado con el sultán, neutralizando así su gran éxito. Parece que, para los que manejaban los hilos, la sangría incidental era más importante que el objetivo declarado de las Cruzadas.

"Por fin llegó la Cruzada de los Niños. Decenas de miles de niños enviados contra el victorioso ejército turco, todos para ser destruidos. No puedo creer que la idea de ese absurdo se originara en una mente no judía. Siempre me acuerdo de la matanza de los primogénitos egipcios. Daría lo que fuera por una fotografía del sacerdote que predicó aquella Cruzada, y de sus lacayos.

"Giordano Bruno llamó a los judíos 'una raza tan pestilente, leprosa y públicamente peligrosa que merecía ser desarraigada y destruida incluso antes de su nacimiento'. Este genial filósofo fue quemado en la hoguera. ¿Por su herejía?

Los opositores de la Iglesia pululaban en Italia durante su época, y sin embargo él, el más imparcial de ellos, fue apresado."

"Y pondré a los egipcios contra los egipcios: y lucharán cada uno contra su hermano y cada uno contra su vecino", remachó. "¡Qué odio, qué odio! Eso no es humano; ¿qué es?". "Eso, amigo mío", bromeé, "es la 'genialidad del corazón' de la que ha hablado el judío Fritz Kahn, por la que 'Israel se ha convertido en la madre ética de la humanidad'. Estos tipos son realmente pintorescos en su descaro. Kahn ha calificado a Moisés de "fenómeno casi único en la historia de los pueblos civilizados: un héroe nacional sin armas". Al mismo tiempo, nos reprende con la observación de que "en las noches de tormenta, el lamento angustiado de las viudas puede oírse en torno a los héroes de bronce de nuestros mercados", es decir, en torno a las estatuas del príncipe Eugenio, el mariscal Blucher, etcétera. Me pregunto qué cree que usó Moisés para masacrar a los primogénitos egipcios, si no armas. ¿Gominolas, tal vez?

¿O fueron asfixiados hasta la muerte por puro amor? Por lo visto, debemos creer que el Pöbelvolk estaba formado exclusivamente por niñeras y nodrizas. "Bueno, todos estos tipos operan de la misma manera por lo menos. Ni siquiera se molestan en negar nada, sino que afirman rotundamente exactamente lo contrario". "Esa táctica parece funcionar bastante bien con nuestros hombres de estudio", gruñó".

Los judíos dicen lo que les da la gana; todo es evangelio para nuestros eruditos. No se les ocurriría intentar verificar nada; el hecho de que aparezca impreso es suficiente para ellos. Cierta judía llamó al Talmud 'una grandiosa y monumental obra del espíritu', un 'monumento heroico de ideas, al que los milenios han dado el aliento de su experiencia'. Inmediatamente después de encontrar semejante joya, el profesor alemán saca su cuaderno de notas y, al día siguiente, sus alumnos han devorado y digerido el nuevo chisme. Así sucede en nuestros gimnasios. Todos están diseñados, según dicen, para que sólo salgan genios; en cambio, se gradúa un lacayo tras otro".

"Unas horas hojeando el Talmud", proseguí, "bastan para disipar cualquier duda sobre los judíos. Es comprensible que sólo tengan los más desmesurados elogios para el libro. Cuando se asoman a él, su propia naturaleza peculiar les devuelve la mirada. Y eso, por supuesto, es la mayor fuente de alegría para ellos. Así, en esencia, todo judío es un talmudista, aunque nunca haya mirado el Talmud. No importa cuándo fue escrito; de hecho, no tiene por qué haber sido escrito. El primer judío comprendía todos sus ingredientes esenciales. Los líderes judíos lo entienden perfectamente, pero sólo lo dicen metafóricamente.

El Talmud es una autoridad intachable", pregonó el rabino Dr. Gronemann ante un tribunal de Hannover en 1894. Las doctrinas legales del Talmud tienen precedencia", dijo imperiosamente el profesor Cohen ante un tribunal penal de Marburgo en 1888. Y añadió -¡atención a esto! - que también se aplicaba a los judíos no creyentes que, sin embargo, seguían formando parte de la comunidad judía, "puesto que reconocen las doctrinas morales del Talmud". Una obra maestra. De vez en cuando, los compañeros sueltan un verdadero secreto en sus balbuceos, pero no les prestamos atención. Todo lo que está en el Talmud reconocemos que tiene precedencia absoluta sobre toda la ley de Moisés', testificó un grupo de supuestos judíos reformados en París en 1860, con la concurrencia de la Alianza Israelita. Y un rabino, el Dr. Rahmer, ha escrito en la Enciclopedia de Pierer que el Schul Aruch, una especie de Talmud para uso doméstico, ha sido "adoptado por la comunidad israelita como guía autorizada para la práctica religiosa". ¿Adoptado? Menudo chismoso. Dentro de poco voy a 'asumir' los rasgos de Dietrich Eckart".

"Señor", dijo, "quien no sienta asco y náuseas al conocer más de cerca el Talmud, puede exhibirse en un espectáculo circense". "El espectáculo local", comenté, "tiene ciertos límites en cuanto al grado de anormalidad que puede exhibir. El joven estudiante de Tubinga que podía engullir media docena de sapos con gusto ha sido

su mayor atracción hasta ahora. Nadie, sin embargo, tiene un estómago capaz de digerir siquiera este pasaje del Talmud: "Rabí lojanán dijo que el pene de Rabí Ismael era tan grande como un odre de seis kabs; según otros, de tres kabs. El pene de Rabí Papa era tan grande como una de las cestas de los habitantes de Harpania". El altanero afán competitivo de los tres viejos rabinos podía tumbar de la silla a una persona desprevenida".

"En este magnífico ejemplo de libro religioso, uno encuentra toda una serie de chascarrillos de este tipo", dijo con disgusto.

"El verdadero remate, sin embargo, es que las niñas no judías 'que tengan menos de tres años y un día' se consideran 'aptas' para rabinos, ya que Moisés había escrito: 'Pero todas las niñas que no hayan conocido varón acostándose con él, conservadlas vivas para vosotras', es decir, para los rabinos.

"La más abominable perversidad y el más tedioso destrozo de sílabas en el mismo aliento. Lo que ocurre dentro de las cabezas judías debe ser realmente espantoso". "Ellos", respondí, "tienen una opinión contraria al respecto. De lo contrario, su imagen en el espejo, el Talmud, no nos informaría de que "los israelitas son más agradables ante Dios que los ángeles", o que "el mundo fue creado sólo en nombre de los israelitas", o que "quien abofetea a un judío en la cara ha golpeado al propio Dios", o que "el sol ilumina la tierra y la lluvia la hace fértil sólo porque los israelitas viven en ella", y más del mismo tipo de modestia."

"Realmente dudo que exista algún tipo de enciclopedia médica que contenga términos adecuados para describir la megalomanía judía", dijo. "¡Pero qué increíble talento tienen para disfrazarla!". "Su libro Eclesiástico", completé, "aúlla: 'Aterroriza a todos los pueblos; levanta tu mano contra los extraños, para que vean tu poder. El fuego de la ira debe quemarlos. Aplasta las cabezas de los príncipes, que son nuestros enemigos'. Y el Schulchan Aruch se enfurece: Derrama, Señor, tu furia sobre los gentiles que no te conocen y sobre los reinos que no invocan tu nombre. Persíguelos con ira y apágales bajo el cielo de Dios". Hacen la misma amenaza en ambos lugares, con la distinción de que el Schulchan Aruch enfatiza que deben ser exterminados todos los que no juran por Jehová."

"Y con una doctrina moral tan abominable sobre su conciencia", empezó a hervir, "esa maravilla de la judería moderna, Moses Mendelssohn, tuvo la desfachatez de afirmar que 'el dominio sobre la tierra pertenece por derecho a la judería.' ¡Debido a su religión! Como talmudista de formación que era, sin duda conocía a fondo todo ese vil asunto -los extractos que acabamos de citar son sólo una ínfima parte-, pero aun así... ¡oh, esa mentira, esa sarta absolutamente mendaz, la esencia misma de la mentira!". "Todo Berlín", dije, "zumbaba con alabanzas para el 'sabio', para el 'noble' Moisés. Pero Goethe no se dejó engañar: '¡Trivia judía!' fue su comentario sobre la piadosa superchería. A nadie le extrañó que el incomparable Moisés filosofara en un abrir y cerrar de ojos, pasando de ser un simple tutor privado al poderoso y acaudalado fundador de la casa bancaria de Mendelssohn, evitando así por un amplio rodeo el ojo de la aguja. Este benefactor de la humanidad promovió astutamente la idea de que el pueblo judío constituye únicamente una comunidad religiosa. Hoy en día, esta idea sigue siendo una de las favoritas de los judíos.

Un tal Dr. Ruppín ha revelado por qué. Las leyes especiales contra los judíos", nos dice mientras se ríe entre dientes y se frota las manos, "siempre se han dirigido contra los aspectos religiosos de la comunidad judía, ya que esta esfera de actividad proporcionaba el único objetivo fácilmente concebible para la legislación. El antisemitismo nunca ha sido realmente hostil a la religión judía, sino indiferente a ella". Así pues. Ahora tenemos una admisión de que su "religión" sirve a un propósito de distracción muy útil.

Cualquiera, sin embargo, que se haya familiarizado con ella, ha descubierto que lo que los judíos llaman su religión coincide exactamente con su carácter."

"Eso es lo que ellos mismos dicen", dijo. "Se jactan incesantemente, además, de que su religión es una creación tan magistral que está sola en el mundo.

Entonces, ¡que aparezca el Talmud! Contiene la religión judía en su forma más pura...

-teología, dogma, moralidad, todo junto en el mismo lugar. ¿Por qué retienen tan nerviosamente el magnífico libro, si en verdad "los milenios le han dado el aliento de su existencia"? Como benefactores natos de la humanidad, hace tiempo que deberían haberlo hecho accesible a la población en general. En cambio, aún hoy no se ha traducido completamente. ¿Y quién ha leído lo que hay de él? Cualquiera diría que temen que alguna iglesia medieval siga esperando para quemarlo por herejía.

"¡Vaya religión! Este revolcarse en la inmundicia, este odio, esta malicia, esta arrogancia, esta hipocresía, esta mezquindad, esta incitación al engaño y al asesinato, ¿es eso una religión? Es la esencia judía, el carácter judío, ¡punto!"

"Quemar sus sinagogas, me temo, no serviría de mucho", se encogió de hombros. "Aunque nunca hubiera habido una sinagoga, una escuela judía, un Antiguo Testamento o un Talmud, el espíritu judío seguiría estando ahí y surtiendo efecto. Siempre ha estado ahí. Cada judío que ha nacido lo ha encarnado. Y eso es aún más pronunciado con los llamados judíos ilustrados. Heine pertenecía, ciertamente, a los más ilustrados, pero tenía tanta arrogancia insana como el más grasiento judío gallego. Moses Mendelssohn pasaba por un auténtico prodigio de sabiduría. Sin embargo, ¡he aquí que le parecía realmente chocante que los judíos no tuvieran todavía el dominio sobre la tierra que les correspondía!"

"A partir de largos años de experiencia", saqué a relucir, "Dostoievski retrató el espeluznante engrimiento del judío ruso. Durante mucho tiempo convivió con toda clase de presidiarios, entre ellos varios judíos, durmiendo en las mismas literas de madera con ellos. Todos trataban amistosamente a estos judíos, según relató, sin ofenderse siquiera por su manera de rezar, que era de locos delirantes. Probablemente su propia religión había sido así alguna vez, pensaron los rusos, y dejaron tranquilamente que los judíos hicieran lo que quisieran. Pero, por otra parte, los judíos rechazaban con altanería a los rusos, no querían comer con ellos y los despreciaban. ¿Y dónde estaba esto? ¡En una prisión siberiana! Por toda Rusia encontró Dostoievski esta antipatía y aversión de los judíos hacia los nativos. En ninguna parte, sin embargo, el pueblo ruso resentía su comportamiento, creyéndolo indulgentemente parte de la religión judía."

"Sí, en efecto, ¡y qué religión!", dijo desdeñosamente. "Es el carácter de un pueblo el que determina la naturaleza de su religión, y no al revés". "Dostoievski", proseguí, "era la compasión misma, pero, se opuso a los judíos. Con premonición, se preguntaba qué pasaría en Rusia si alguna vez los judíos se hicieran con el poder allí. ¿Les concederían a los nativos los mismos derechos de los que ellos disfrutaban? ¿Les permitirían rezar como quisieran o simplemente los convertirían en esclavos? Peor aún, ¿no los desollarían y desplumarían? ¿No los exterminarían incluso, como tantas veces habían hecho con otros pueblos en su historia?"

"¡Ah, si nuestros obreros pudieran compartir sus presentimientos, sobre todo los que esperan la salvación de los soviéticos!", gritó. "Hambre, fosas comunes, esclavitud, látigos judíos. Quien hace huelga es ahorcado. 'Venid aquí todos los que estáis cansados y cargados'. ¡Cómo silban, los perros! ¡Y qué bien suena, delante del telón! Detrás, sin embargo, acechan los mimados 'Pöbelvolk', el Ejército Rojo, la escoria de la humanidad no judía."

"El número de rusos sacrificados desde el comienzo de la dominación bolchevique es estimado por las autoridades en unos treinta millones", respondí. "Los que no fueron ejecutados sumariamente cayeron víctimas del hambre y las enfermedades. ¿Eran todos burgueses? Sólo un imbécil podría creerlo. ¿Quién de nosotros tiene entonces más que sufrir? Los miles que cada día están de pie durante largas horas en sus diversas ocupaciones. Los capitalistas no son mayoría entre ellos. Pero nuestros trabajadores no se han dado cuenta. En su afán por ser los amos, se dejan llevar de las narices como niños."

"Ebert ha tronado contra el capitalismo toda su vida. Ahora es presidente. ¿Y? En cada esquina los bancos brotan del suelo como setas. Eso es un hecho. Todo el mundo lo ve. Cualquiera puede extender la mano y tocarlo. ¿Pero lleva eso a alguien a oler una rata? ¡No en su vida! "Lo primero que hizo el judío Eisner después de la revolución fue hacer que los bancos fueran vigilados por el ejército. Los capitalistas sacaron de contrabando sus enormes hordas de dinero del país durante meses, y él no movió un dedo para detenerlos. Le pareció más importante viajar al Congreso Socialista en Suiza y allí echar toda la culpa de la guerra mundial a Alemania. Haz penitencia, dijo, y los franceses te estrecharán con perdón contra sus corazones. Es muy probable. La experiencia lo ha confirmado gloriosamente".

"El mismo Eisner", asintió, "que, al principio de la guerra, envió una avalancha de telegramas a los otros líderes socialdemócratas, rogándoles que permanecieran fieles al Kaiser. Había que evitar a toda costa una vergonzosa puñalada por la espalda, dijo. Así fue hasta el Tratado de Brest Litovsk. Hasta entonces todos los judíos alemanes eran monárquicos inspirados. Entonces llegó el cambio de rumbo. El moro había cumplido con su deber y aplastado a la Rusia zarista; ahora le tocaba aplastarse a sí mismo. El resto es silencio."

Visible a todos los ojos, el judío también hizo su apuesta en Alemania. "¡Oh trabajadores! ¡Dejaros engañar así! Las cosas son diferentes de lo que los inocentes se permiten soñar. El Partido Comunista en Alemania todavía tiene menos de un cuarto de millón de miembros; sin embargo, posee más de cincuenta periódicos. Lo

que eso cuesta es sencillamente incalculable; millones. ¿Quién paga estas enormes sumas? Nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos las manos llenas sólo para mantener en marcha nuestro único Beobachter. Si nos pusiéramos de acuerdo con los judíos, tendríamos en un instante un número prodigioso de periódicos del partido. ¿Hay camaradas que lo duden? Me gustaría conocer a uno. Y, miren, esto es lo increíble: saben que los judíos están secretamente detrás de las cosas, pero actúan como si no fuera así en absoluto. ¿Es eso honesto? ¿Puede eso conducir a un resultado feliz? Lanzarse a la destrucción sin sospechar nada es una cosa, pero hacerlo a sabiendas y señalando como cómplice al enemigo más sombrío de uno es otra."

"Me gustaría saber", comenté, "qué dirían los camaradas si uno les demostrara en blanco y negro que los Junkers o los grandes industriales tienen una filosofía moral secreta de lo más abominable desde la época 'x'. Su furia sería inimaginable. Todos rugirían. Con principios así, ¿no es de extrañar que los demonios nos atormenten tanto! Imagínense. ¿Cómo puede alguien ser tan mezquino y vil? Habría que exterminarlos a todos". Seguirían así, como posesos, y con razón. Pero, por otro lado, cuando uno les muestra que los judíos tienen, en sus libros religiosos oficiales, las declaraciones más espeluznantes sobre el saqueo y asesinato de todos los gentiles, no les importa en absoluto. O lo discuten o, cuando eso parece inútil, dicen que la mayoría de los judíos hace mucho tiempo que no son tan religiosos y ya no se preocupan por esas cosas. Nunca se les ocurre que el carácter judío es la fuente de su vil literatura".

"Pero esto", dijo, "lo remata todo: todas -y digo todas- las injusticias sociales de alguna importancia en el mundo actual pueden remontarse a la influencia subterránea de los judíos". Los trabajadores buscan, por tanto, eliminar con la ayuda de los judíos esos males que nada menos que los propios judíos han establecido consciente y deliberadamente. Uno puede imaginar qué tipo de ayuda recibirán". "¡Contemplad al modesto José!" repliqué. "Su influencia sobre el faraón causó a los egipcios una angustia espantosa, de la que más tarde pensaron que se liberarían con la ayuda de Moisés. Debo admitir que al episodio no le falta cierto humor negro".

"La verdad", dijo, "es, en efecto, como usted escribió una vez: sólo se puede comprender al judío cuando se sabe cuál es su objetivo último. Y ese objetivo es, más allá de la dominación del mundo, la aniquilación del mundo. Debe desgastar al resto de la humanidad, se persuade a sí mismo, para preparar un paraíso en la tierra. Se

ha hecho creer que sólo él es capaz de esta gran tarea y, considerando sus ideas sobre el paraíso, ciertamente es así. Pero se ve, aunque sólo sea por los medios que emplea, que está secretamente impulsado a algo más. Mientras pretende elevar a la humanidad, atormenta a los hombres hasta la desesperación, la locura y la ruina. Si no se ordena un alto, destruirá a todos los hombres.

Su naturaleza le obliga a ello, aunque se dé cuenta de que así se destruirá a sí mismo. No hay otro camino para él; debe actuar así. Esta comprensión de la dependencia incondicional de su propia existencia de la de sus víctimas me parece la causa principal de su odio. Estar obligado a intentar aniquilarnos con todas sus fuerzas, pero al mismo tiempo sospechar que eso debe conducirle inevitablemente a su propia ruina, en eso consiste.

Aquí se interrumpen las notas de Dietrich Eckart.